

## LA DUDA

Al llegar a mi casa y precisamente en el momento de abrir la puerta, me vi salir. Intrigada, decidí seguirme hacia la calle. Me observé bajando las escaleras hasta la acera. Quería pasear sin prisas y reflexionar porque lo necesitaba más que el aire. Advertí que miré el reloj instintivamente. Había dormido catorce horas seguidas. Al tropezarme conmigo misma pude escudriñar mi aspecto. A pesar del largo sueño tenía el rostro hecho un solar, la melena desperdigada, el rimel metido hasta las mollejas, los mofletes enrojecidos y hundidos bajo los pómulos, cada arruga pidiendo clemencia y cada centímetro de mi piel rendido en el campo de batalla. Parecía por lo menos diez años mayor de mi edad real.

Era consciente de que probablemente había transgredido todas y cada una de las reglas de la cordura y el buen juicio. Aunque, en realidad, no estaba segura de si había hecho o no lo que “no” debía hacer, ni cómo ni por qué ni, muchísimo menos, por dónde. Pero sí sabía dónde: en mi casa, lo cual ya era mucho dadas las circunstancias. Necesitaba valorar si quizá era mejor dejar las cosas como estaban, en el confortable País de la Ignorancia, porque – pensé – tampoco disponía de pruebas absolutamente concluyentes del supuesto desbarajuste sentimental efímero.

Hacía un rato que me había despertado en mi cama bajo una extraña sensación de ingravidez, como de estar debajo del agua o dentro de una burbuja flotante, pero con el reconocible desmadejamiento mental propio de excesos alcohólicos muy recientes. Estaba abrazada a mi almohada como si se tratara de un ser vivo, aunque palpando la temperatura de las sábanas deduje que el tal ser vivo hacía rato que se había marchado. La nota sobre mi mesilla de noche acabó de desorientarme de puro abstracta. Pero la firma no; si bien, debo reconocerlo, me produjo una profunda conmoción, afortunadamente transitoria. Mi habitación estaba caliente, oscura y quieta. Luego me incorporé sin hacer ruido – olvidándome de que la casa estaba vacía – y anduve oscilante hasta mi vestidor en busca de algo que ponerme. La cabeza se me iba de un lado para otro y notaba el pulso perforándome las sienes.

Contemplé mi deambular displicente por las estrechas callejuelas que circundan la Catedral, por ese barrio mío silencioso, de tiempo congelado y aliento propio, perfumado por mil inciensos y plegarias que recuerdan los castigos por - ¡ay! – todos los pecados terrenales conocidos y por conocer. Amenazaba tormenta veraniega y los escasos viandantes apretaban el paso, cabezas gachas y gesto timorato, bajo soplos de viento gris. Me espíe transitando junto a las primeras farolas encendidas y observé cómo sus luces amarillentas dibujaban mi silueta sobre las paredes de los caserones, de un color canela muy mohoso, mezclada con las de las ramas de los árboles, en un fantasmagórico baile de sombras chinescas. Una túnica de hojarasca revoloteaba a ras de suelo aleteando en remolinos concéntricos a mi alrededor, hasta hacerme temer que todo mi cuerpo fuera a ser engullido por las baldosas.

Confieso que soy tan mujer casada como fiel irredenta, que no está habituada a ciertas peripecias incontroladas. Nadie en mi vida me explicó el manual de

conexiones con los hombres y, hasta que me afilié a mi marido, mi novio de toda la vida, las escasas aventurillas juveniles fueron más de escaramuzas sin heridas que de recónditas pasiones. Fui pieza deseada y pocas veces cobrada. Debo reconocer que nunca me he sentido rematadamente enamorada de nadie, ni de hombre ni de mujer ni de híbrido y, excepto con mis dos hijas y mis padres, vuelco mis mimos con cuentagotas y suelo marcar las distancias para no llevarme decepciones. Con la edad podré resultar a veces descarada y chulesca, pero termino siempre por aterrizar en suelo firme para no resbalar.

Comentario [JEB1]: Se podría poner un nombre, para que no resulte tan "contado"

Comprobé que, de tan ensimismada como caminaba, no me percaté del saludo que el canónigo chambelán me dedicó desde la otra acera levantando ligeramente la mano y sonriendo beatíficamente. Ofuscada por mis angustias, tampoco reparé en que, a medida que paseaba, los últimos vestigios del día se fueron retirando vencidos por las sombras de un anochecer que se atrevía cada vez más: pelea muda cotidiana entre la luminosidad y la negrura, en la que ésta terminó por ganar la partida, como cada tarde. En la naciente oscuridad me descubrí deambulando perdida, zigzagueando por la calzada, rebuscando esa rara tranquilidad que sólo la intimidad absoluta otorga. Y pensaba sin razonar, lo cual es malísimo en la situación en que me encontraba. Mi cuerpo se iba encorvando a cada metro y la barbilla se me fue bajando hasta el esternón. Me entró hipo, y al poco se me humedecieron los ojos hasta desembocar en un puro sollozo. La gente me miraba al pasar. Sorbiéndome los mocos con ruido de cisterna estuve a punto de llamar a mi marido a la casa de la playa, pero no lo hice porque me lo impidió un miedo nebuloso y orgánico.

Tras seguirme más de una hora advertí que me detenía y me sentaba en mitad de un parque como un jefe indio. Había tomado mi decisión. Iba a hablar con Guillermo. Le diría que aún reconociendo que ayer, en la fiesta de las Bodas de Plata de mi promoción, yo había jugado a ser una mezcla de hembra guerrera y bruja hechicera, quería dejarle claro que lamentaba profundamente la mala hora en que me debí dejar enredar por brebajes traidores, ínfulas libertinas, polvillos soñadores y asignaturas pendientes; y que él, mi antiguo compañero de facultad, nunca iba a pasar de ser para mí más que un vulgar chisgarabís, un simple rastreador de bragas desustanciado que debía olvidarse de todo lo ocurrido - lo que hubiera habido, fuese lo que fuese - para siempre jamás.

Pero lo que más me dolía es que me había dejado engatusar por el majadero de Guille, el tipo más culón y repelente de mi facultad, una especie de pez de charca mantecoso, todavía hoy lleno de granos y blanco como un folio. Un auténtico cerdo panocha.

Aunque ... ahora que recuerdo ... ¿y si hubiera ocurrido - lo que hubiera habido, fuese lo que fuese - con el otro Guillermo de la clase, el maduro de pelo canoso y carrocería campanuda, tez amorenada, labios de rey de la vendimia y sonrisa de palomo ladrón?; uno de los poquísimos que desde siempre han valido tres asaltos y un amor. Porque por éste yo hubiera dado ayer mi reino a cambio de llevármelo a casa.

¡Uf!. Para morirse, chica

## COMENTARIO

De este texto de Rafael nos gusta sobre todo el buen manejo que hace del lenguaje, sus descripciones agudas, la rapidez y fluidez que tiene para crear una atmósfera, como ha ocurrido en anteriores ejercicios y como ocurre en este caso. Sobre la propuesta en sí, nos parece que se ha acercado bastante a la misma, sobre todo al principio, cuando marca con claridad que se trata de un idéntico personaje, el que se observa y el observado. Vemos que en ello no ha tenido ningún problema... Pero creemos que es por ahí por donde se debería acentuar más la trama, pues en los párrafos siguientes se va diluyendo la sensación de que se trata de dos personajes, uno que sigue al otro, y que son el mismo. Nos parece que ello obedece a que a Rafael «le ha ganado» la historia del remordimiento de esta mujer y que eso ha hecho que la otra, la perseguida apenas se vea como tal. Quizá porque el párrafo que empieza «Confieso que soy tan mujer casada como fiel irredenta...» nos aleja mucho de la historia que queremos ver, y que continúa con mucho más brío justo en el siguiente párrafo, cuando se retoma la acción. Ello probablemente se puede resolver quitando el párrafo citado, de tal manera que los datos que se aportan allí se vayan colocando poco a poco en los siguientes. De esta guisa su narración quedaría más centrada en el seguimiento que hace la mujer de su otro yo, siempre en primera persona gramatical, tal como lo ha hecho cada vez que aparece: y allí está el problema. Que, para efectos del ejercicio, a medida que avanza la historia, el desdoblamiento se va esfumando, dejando paso a la historia en sí del remordimiento y del adulterio. Nada que no se pueda solucionar, por otro lado, porque –insistimos en ello-- se ha conseguido al principio y se ha retomado después del párrafo más introspectivo que señalamos.